

Iñigo de Loyola en Pamplona

(Puntos oscuros)

por

Antonio Pérez Goyena, S. I.

Hay realmente ciertas nebulosidades en la estancia de Iñigo de Loyola, en Pamplona, que a nuestro juicio, no se han puesto en claro. Las indicaremos, para ver si juzga alguno dignas de esclarecerlas. Dios nos libre de querer corregir o molestar a nadie, o de enjuiciar las aserciones de aquellos venerables padres confidentes del fundador de la Compañía de Jesús, luz y maestros nuestros, que escribieron con letras de oro las primeras páginas de la historia de nuestra Orden. Pero si en las Sagradas Escrituras se encuentran aparentes antinomias, no es mucho que también aparezcan en episodios tan erizados de dificultades como la conquista de la capital navarra por los franceses en 1521, en que cayó malamente herido el héroe guipuzcoano Iñigo de Loyola. Con este nombre le designaremos en nuestra dilucidación, porque así se llamaba él en aquella sazón y para declarar que tratamos del glorioso San Ignacio de Loyola antes de su conversión.

Venida de Iñigo a Pamplona

No resulta demasiado clara la causa de la venida del bravo Iñigo de Loyola a la capital de Navarra. Un compañero suyo de servicio, Alonso de Montalvo, asegura que «después de la muerte de Juan Velázquez, Contador Mayor de los Reyes Católicos, con quien vivía en Arévalo, la mujer de dicho Contador le dió 500 escudos y dos caballos con que fuese a visitar al duque de Nájera, con cuya casa tenía deudo y de allí se partió a Pamplona

cabeza del Reino de Navarra». Pero tal partida ¿a qué obedeció? La explica de este modo el esclarecido P. Leturia. «Desde fines de 1517 entró el nuevo Capitán en la intimidad del Duque de Nájera». Lo prueba por la siguiente noticia que da en una de sus cartas el P. Fabro. Quiso saber de su boca, D. Francisco Manrique de Lara, hermano del d^e Nájera, «la vida de Iñigo después de su conversión, que en lo de hasta allí él estaba muy bien al cabo, como quien tanto le había conocido en su casa».

Este argumento no concluye del todo; porque el haberle conocido tanto en su casa no exige necesariamente que hubiera pertenecido a su familia; mas en sentido obvio parece denotar que ese conocimiento procedía de haber vivido en su casa, formando parte de ella.

Otro testimonio ofrece el insigne P. Polanco cuando escribe: «después sirvió de gentilhombre al Duque de Nájera». Y ¿en qué consistía ese cargo en aquel tiempo? No lo han definido los que han tratado esta materia. El Diccionario de la lengua manifiesta que entraña la palabra diversas significaciones; la que se tiene por más aceptable la da el Sr. Almirante, para quien equivalía a ayudante u oficial a las órdenes del señor. En este caso se contaría entre los que el de Nájera apellida *Los de mi casa*. Por tanto en esa calidad vino a Pamplona con el Virrey de Navarra y estuvo con su señor hasta que éste se dirigió a Castilla en busca de ayuda.

El eruditísimo P. Leturia encontró unos escritos del Venerable P. Nadal, en que se narra la venida de Iñigo de un modo distinto y a primera faz opuesto al indicado. Conociendo los apuros y aprietos de Pamplona por la proximidad de los franceses, salió de Loyola D. Martín con su hermano Iñigo, capitaneando refuerzos en su auxilio. Al llegar a las puertas de la ciudad exigió el gobierno de ella para defenderla; y como no lo obtuviere volvió D. Martín grupas en dirección de su casa solariega, mientras Iñigo, vencido del pundonor, espoleó a su trotón y penetró en el recinto de la ciudad escoltado por una cuadrilla de valientes.

Primera manifestación de Iñigo

Solamente nos queda como cierto un hecho de Iñigo en Pamplona, antes que una bala de cañón viniera a quitarle la espada de la mano. Lo referiremos con las mismas palabras de la *Varia Historia* (tom. I, fol. 32) en que lo hallamos. «Haciendo profesión el P. Bartolomé Hernández, rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca, en manos del P. Araoz, provincial, fué convidado el Obispo de Salamanca, D. Francisco Manrique de Lara, el cual, estando en la profesión comenzó a llorar y derramar lágrimas de sus ojos hilo a hilo, maravillándose todos. Después, sobre mesa, que fué convidado a comer, le preguntó el P. Araoz: ¿qué tuvo vuestra Señoría, que tanto lloraba en la Iglesia cuando la profesión? ¿No queréis, dice, que llore? Que veo hacer profesión en religión que instituyó un Ignacio, al cual vi yo por estos ojos en Pamplona, que porque iba por una calle una hila de hombres y toparon con él, y le arrimaron a la pared, echó mano a la espada y dió contra ellos una calle abajo, que si no hubiera quien le detuviera o matara algunos de ellos, o le mataran». Esto lo contó el P. Cristóbal de Castro al P. Gil González, que lo había oído al P. Araoz.»

Algunos biógrafos del Santo conocieron este hecho, pero lo desfiguraron a la usanza del siglo XVII. Véase cómo lo cuenta el P. Francisco García: «Era Ignacio tan señor de su ira que, aunque le diesen mucha ocasión, nunca respondía airado ni descompuesto; pero aún no sabía despreciar las leyes del duelo por las de Cristo, aunque esto mismo mostraba la generosidad y piedad de su ánimo, pues siendo tal su valor, que él solo en una ocasión hizo huir una calle entera de hombres, por defender el honor de un sacerdote, a quien perdían el respeto, no sacaba la espada por cualquiera ocasión» (*Vida de San Ignacio*, tom. 1.º cap. I.) Casi lo mismo escribe el P. Fluvía. «Lo curioso es, glosa el P. Astrain, que se cite este hecho después de decir que era Ignacio tan señor de su ira» (*Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. 5, pág. 16).

Demostrará este caso lo puntilloso y vidrioso del caballero

guipuzcoano; pero patentiza asimismo su extraordinario valor y el ánimo intrépido al acometer a una hilera de hombres con riesgo inminente de perder su vida.

Texto del R. P. Polanco

Pondera con sobrada razón el P. Astrain la grande autoridad del P. Polanco en lo que concierne a la Vida de San Ignacio y a la historia de los albores de la Compañía. Con esto no intenta indicar que no incurra en algunas equivocaciones cronológicas y en cierta confusión en el curso de su relato (Hist. t. 7, p. XXXII). Observa el primer Cronista jesuíta que el Virrey de Navarra, al encaminarse para Castilla, el 1517, en busca de socorro, dejó por jefe de las tropas castellanas que guarnecían la ciudad pamplonesa, a D. Francés de Beaumont. Inspirándose en este pasaje y en testimonios de otros escritores, ha escrito un autor moderno que, antes de emprender el viaje a Castilla, nombró el Virrey jefe de un cuerpo de 1.000 milicianos al hermano del Conde de Lerín D. Francés de Beaumont, uno de los más destacados caudillos del partido beaumentés y que en la batalla de Villalar, había por sí mismo apresado al comunero Juan Bravo, y que ordenó a Iñigo de Loyola «que hiciera un esfuerzo por traer auxilios de Guipúzcoa y de todos modos se pusiera a las órdenes de D. Francés de Pamplona».

Advertiremos, ante todo, que D. Francés no se apellidaba de Pamplona sino de Beaumont, y que no era hermano del Conde de Lerín; era hijo bastardo de D. Juan de Beaumont, hermano a su vez, bastardo del Conde de Lerín. El tal nombramiento de don Francisco ¿consta de cierto? Hay poderosos motivos para dudarlo. El Duque de Nájera en su relación de lo acaecido en Pamplona al Emperador únicamente escribe que se alborotó la ciudad «contra la gente de guerra que yo allí había dejado». (Pérez Arregui: *San Ignacio en Azpeitia*, p. 83.) Es inverosímil, atendiendo al uso de la época, que no mencionara a un caudillo tan renombrado y aplaudido por su sangre y hazañas bélicas y que acababa de coronarse de gloria en Villalar. El Sr. D. Arturo Campión, que

manejó las Memorias de D. Francés de Beaumont, expresamente testifica que en los días de la irrupción francesa en Pamplona, se hallaba tan excelso personaje ausente del reino. Sábese que peleó denodadamente en la batalla de Villalar el 21 de abril de 1521; y aunque pudo regresar a Navarra para el 17 de mayo, nadie habla de su vuelta, cosa poco explicable tratándose de ese invicto adalid. El P. Alesón también desconoce su mando en la ciudad. Refiere que el Virrey y el Obispo Mercado «con la poca gente castellana que les había quedado y alguna de Navarra que también los siguió» abandonaron la capital navarra y los de esta nombraron para que los gobernase al Señor de Orcoyen, «quien se había señalado mucho en servicio del Rey Católico» (*Anales del Reino de Navarra*. Tolosa, t. VII, pág. 399). El mando a que se alude ¿no se confundirá con lo que el mismo D. Francés indica en sus Memorias, que luego de la victoria de Noain se le sometió el castillo y se apoderó de la urbe pamplonesa rescatándola de la coyunda francesa? (*Relación de los servicios prestados por don Francés de Beaumont*. Arch. Simancas, Estado Navarra, Leg. 158 f. 50).

El que encargase el Virrey a Iñigo traer auxilios de Guipúzcoa es un aserto enteramente gratuito. La única fuente, el P. Nadal, que suministra la noticia, no alude, ni por semejas, a tal encargo.

Prosigue el P. Polanco diciendo que D. Francés desamparó la ciudad; se avergonzó Iñigo de aquella retirada, tan semejante a una huida y se negó a seguirle. Más aún: a la vista misma de las tropas que se retiraban se metió en la ciudadela para defenderla con el puñado de hombres que la guardaban (*Vita S. Ignatii*, página 12).

Texto del R. P. Nadal

Sumariamente hemos expuesto lo que cuenta de Iñigo el Venerable P. Nadal. Copiaremos ahora el mismo texto traducido por el P. Leturia: «Movi6 guerra en 1521 el Rey de Francia contra los españoles y mand6 a Navarra un ej6rcito potent6simo. Como estuviese ya a punto de poner cerco a Pamplona (por tanto el 19

de mayo) y viniese en auxilio de ésta el hermano mayor de Ignacio (don Martín), e Ignacio mismo, viendo que la situación era del todo desesperada, exigieron con gran empeño de los que mandaban en la ciudad que les concediesen el gobierno de ella; que ellos la defenderían. Pero no pudieron obtenerlo, lo que exasperó y disgustó tan bravamente al hermano de Ignacio que no quiso ni entrar en la ciudad, marchándose en seguida con su tropa. Juzgó entonces Ignacio ignominioso que también él se marchara, e impelido juntamente por su grandeza de ánimo, exaltada ante tan difícil empresa y por el anhelo de la gloria, dejó a su hermano y picando espuelas a su caballo se metió en la ciudad». (*Apuntes Ignacianos*, pág. 76).

Débase confesar [ingenuamente que su interpretación no es fácil y hacedera por encerrar algo nuevo y algo inexplicable. Algo nuevo, sí. Ninguno de los autores profanos, esto es, no jesuítas, lo conoce. El Duque de Nájera refiere con bastante minuciosidad el asedio de Pamplona y no rememora tal caso. El Almirante y Condestable de Castilla y Miguel Añues el Viejo, nada saben de él. Los historiadores modernos Alesón y Boissonnade guardan sepulcral silencio. Y, ¡un suceso tan público y ruidoso se había de sepultar en el abismo del olvido! Algo también inexplicable. ¿A quién podían pedir el mando, si la ciudad, como declara el de Nájera, se había alborotado por no querer combatir contra los franceses y se había adueñado de todo, expulsando la guarnición del Virrey? Téngase presente, además, que a D. Martín no se le conocía en Navarra; jamás aparece en las páginas de su historia. Y ¡un extraño aquí podía exigir que se le prefiriese a tantos ilustres guerreros navarros, que habían hecho resonar los ecos de su fama en todos los ámbitos de la tierra! Basta insinuar estas dificultades. Otras se ofrecerán luego, de solución harto difícil.

La conciliación de ambos textos

Que resulta una antinomia de los textos de ambos egregios Padres no es un misterio para nadie. Por eso precisamente se ha trabajado en armonizarlos. Dos caminos se han seguido. El pri-

mero muestra que Iñigo, la noche del 17 entró en la fortaleza a la vista de las fuerzas acaudilladas por D. Francés, que abandonaban Pamplona. Esa misma noche salió de ella en busca de las tropas reclutadas en Loyola por D. Martín para acudir al auxilio de la citada ciudad. Fracasados los requerimientos del mando, don Martín, exacerbado, retornó a su palacio e Iñigo, espejo de pundonor, se introdujo en la ciudad y de aquí en el castillo.

Todas estas conjeturas no descansan en firme base. Ya sorprende que Iñigo, el 17 por la noche se meta en la fortaleza y esa misma noche salga de ella para juntarse a su hermano. Mas eso admite alguna explicación. Lo que no la admite es la hipótesis de que saliera del castillo, que revela el desconocimiento de su régimen y de su incompleta independencia. En la fortaleza únicamente mandaba el capitán Herrera; y los que se acogían en ella quedaban bajo sus órdenes, desvinculados de la ciudad, destinados únicamente a la guarda del castillo y no podían salir de él sino a parlamentar sobre cosas tocantes al mismo. A buen seguro que no se hallará vestigio ni en Polanco, ni en Nadal, ni en Rivadeneira de esa doble entrada de Iñigo en la ciudadela. Fuera de eso la ciudad, según relación del Virrey, estaba amotinada y «los lugares levantados y puestos en armas como cosa que estaban ya prevenidos y a los que tomaban sólo y desacompañados los mataban y robaban». Pues ¿cómo los traspasaría Iñigo, sólo, y sin más amparo que las estrellas del cielo? Y su pretensión se cifraba nada menos que en conducir tropas para amarrarlos y avasallarlos: le descuartizarían a la menor sospecha de ello. Prescindo de otras pequeñeces, como el suponer que supiera tan primorosamente el camino que pudiera andar, envuelto en el manto de la noche, por montes, barrancos y despoblados, o de lo contrario, que encontrase guías propicios que encauzasen sus pasos corriendo unos días turbulentos y de mal agüero.

Otra manera de conciliación se ha ensayado. Se desestima la cronología y representanse los hechos de esta suerte. Salió de Pamplona Iñigo: encontró listo y preparado el ejército reclutado por D. Martín; y ambos lo condujeron a la capital navarra. Demandaron entrambos hermanos el gobierno de la ciudad a don

Francés y al Concejo; y rehusando éstos el otorgarlo, D. Martín se volvió con sus tropas a Loyola e Ignacio con un puñado de valientes ingresó en Pamplona. Uniéronse a las fuerzas de D. Francés, a las que pertenecía por disposición del Virrey. Abandonó dicho caudillo la ciudad por no encontrar juez que dirimiera el pleito de gobierno entablado con el Concejo, y el gentilhombre, a la vista de los que salían, se refugió en el castillo.

Por lo menos ahora no se aboga por la doble entrada en el fuerte; pero esta conciliación entre otros defectos tiene el de acomodar los hechos al historiador y no el historiador a los hechos, contra la esencia de la historia. La narración del Virrey, de suma autoridad, no puede ser más transparente y precisa. Al salirse él de Pamplona en busca de ayuda militar se alborotó o amotinó la ciudad que no quería defenderse: «recios vientos contrarios a la defensa». No pudo la gente de guerra sojuzgar la rebelión y abandonó la capital. Triunfantes los amotinados saquearon el palacio del Virrey y se adueñaron de todo. Estos informes se completan por otro documento en que se manifiesta que el día 20 de mayo, apaciguada la ciudad, los diputados de ella juraron en Villaba lealtad al de Labrit y convidaron al coronel Sainte Colomme a posesionarse de la población, lo que ejecutó el francés pacíficamente y con grande júbilo y vítores de los pamploneses.

Desde luego no se declara en qué días determinados se verificaron estos sucesos y cómo se compaginan con el viaje de los Loyolas. Todo queda al aire y en suspenso. De la relación del Virrey se deduce que la pugna entre soldados y ciudadanos nació en seguida de su partida. Si cada uno de los bandos quería a todo trance prevalecer en el gobierno, resulta ridículo que se les fuese a pedir que lo resignasen en un advenedizo. Y, ¿cómo iban a demandar al jefe de la gente de guerra un mando conferido por el Virrey y que le era imposible cederlo sin su venia? ¿Cómo iban a pedirselo a la ciudad para defenderla contra los franceses, si precisamente se había sublevado en su favor? Y no se discrimine entre el Concejo y ciudad; porque si la gente armada sucumbió ante los revolucionarios, ¿qué sucedería con el Concejo? Fuera de que no es creíble que el Concejo se atreviera a disentir de los que re-

cibía su autoridad y representación.

Tampoco aceptamos que D. Martín pudiera disponer de las milicias de Oyarzun, ni de avanzadas de ellas. Estas dependían de las Juntas o del mando Superior de Guipúzcoa, que se había negado expresamente al Virrey de Navarra a prestarle auxilio, porque la provincia estaba también en frontera. Tal vez dispondría de los criados de su casa; pero éstos ¿cuántos sumarían? Y con una porción de caseros ¿osaría D. Martín atravesar las montañas de Navarra, en que había resonado el grito de guerra contra el castellano y llegar como en un paseo recreativo a las puertas de Pamplona? ¿Puede concebirse ese gesto romántico en el Señor de Loyola, que con tan escasa gente y sin un mal cañón pretendiera defender la ciudad iruñense contra un ejército de 12.000 soldados, 600 lanzas, 29 piezas de artillería y entre ellas 10 cañones gruesos, al que se juntaba Pamplona y gran parte de Navarra alzada en pro de D. Enrique de Labrit?

La Conferencia

Con brevedad y concisión expone el P. Astrain (*Historia*, I, 21) lo que atañe a esta Conferencia. «Cuando dueños de la ciudad los franceses intimaron la rendición del castillo, pidió Herrera conferenciar con Asparros. Concedióle éste y salió a la conferencia el español acompañado de tres capitanes, uno de los cuales era Ignacio. Comenzando a tratarse de la entrega exigieron los franceses condiciones muy duras. Tal vez las hubiera aceptado Herrera, pero interpúsose Ignacio, quien disuadió briosamente la entrega y exhortó «a sus compañeros a resistir hasta vencer o morir. Rotas de este modo las negociaciones volvieron los españoles a la ciudadela».

Se funda el P. Astrain en el P. Polanco, *Vita P. Ignatii*, p. 12. Que esta Conferencia debió ser primero, muy importante, se colige de que se trataba de la entrega de una plaza tenida en grande estima, y segundo, muy conocida por verificarse a la luz del día; pues de una cosa de tanta monta y notoria, no da razón ninguno de los autores coetáneos, ni tampoco los posteriores, que

han estudiado el asunto. El mismo P. Cámara se guarda de aludir a ese intento de ajuste. Y es de notar semejante silencio en ciertos contemporáneos que parece no podían dispensarse de citarla. El Almirante de Castilla que pedía al monarca castigo para el Alcaide Herrera, se explicaba de esta guisa: «Verdad es que según detuvo la fortaleza de Pamplona, aunque volaran (las fuerzas de socorro) no llegaran, que sobre ser la más fuerte cosa del reino se dió en nueve horas el Alcaide, la mayor traición del mundo, y no solo no lo hemos degollado, mas sostiénese como servidor él y los otros y andan aquí defendidos y amparados entre nosotros, y no me maravilla que allí pidiesen mercedes para estos Alcaldes. La justa sería degollarlos y dar sus haciendas a Antonio Alguacil, Alcaide de Maya» (*Memor. hist. esp. Historia de las Comunidades*, tom. IV, pág. 202.) Seguro que a oídos del Almirante no llegó rumor de Conferencia; porque entonces, sí que, pediría garrote vil para un Alcaide que, sin disparar un arcabuzazo, pretendió rendir el castillo al enemigo.

En cambio, el Condestable de Castilla escribía el 11 de junio a Carlos V. «Entró el ejército de los franceses tan poderoso que todo el reino se levantó por D. Enrique y en todas las fortalezas que estaban por V. M. hubo mal recaudo. Pamplona se perdió, y aunque Herrera trabajó por morir en su fortaleza los que estaban con él fueron tales y tan buenos que la entregaron... Como la gente estaba tan dañada no comenzó a jugar el artillería de los franceses cuando les faltó el ánimo en tanta manera que sin voluntad del Alcaide gritaron Francia, Francia y alzaron tres veces seña de rendidos, y tras ésto descerrajaron las puertas para salirse y meter a los franceses: el Alcaide, como solo, hizo lo que pudo por acabar allí; no le quisieron matar, y así se salió a darnos cuenta de cómo se había perdido» (Id. pág. 187). ¿Se pintaría con estos halagüenos colores a un Capitán que sin medir las armas con los invasores pide capitular con ellos? ¿Se cubriría con nubes de incienso el negro borrón de su felonía?

D. Francés de Beaumont se lamenta que habiéndose rendido a él la fortaleza de Pamplona, tras de la rota de Noain, se la devolvieron, en su perjuicio, al capitán Herrera. Sin duda que, para

que campease más la razón de su justa queja, habría traído a colación el proceder poco hidalgo del agraciado Alcaide. Y es muy para dudar que teniendo Herrera sobre sí tan fea tacha le hubiera repuesto Carlos V, en un cargo de confianza que tanto se apreciaba en aquellas Calendas.

Ni queremos callar esta observación. Precisamente se elige por comisionado para tratos de paz a un joven que en todas ocasiones hace público alarde de querer derramar hasta la última gota de su sangre antes de someterse a los franceses. ¿No es algo extraño?

El P. Astrain indica que las condiciones exigidas por los franceses eran muy duras. El P. Polanco no dice eso: sus palabras suenan así: él (Iñigo) disuadió también el acuerdo por parecerle vergonzoso. Realmente las condiciones no debían ser muy duras. Antes de la resistencia se imponen al enemigo condiciones más benignas que después de vencido; las que se exigió a los rendidos de Pamplona no fueron duras: entrega de víveres y armas. Vergonzosas para el bravísimo Iñigo de Loyola tal vez lo fueran; porque deponer su espada a los pies de su rival siempre es indecoroso para un caballero del temple del heroico guipuzcoano».

¿Fue Iñigo Capitán?

No pocos historiadores proclaman sin titubeos a Iñigo como Capitán. El P. Astrain, estribando en el P. Polanco, pretende que el Capitán Herrera con otros tres capitanes, uno de los cuales era Ignacio, salió a la supuesta Conferencia con Asparros. Del erudito P. Leturia son estas frases. Desde fines de 1517 el nuevo capitán entró en la familia del Duque de Nájera. Antes que ellos había escrito el cronista de Navarra, P. Francisco Alesón, S. J.: «Hallándose, pues, ahora en Pamplona en el puesto según se tiene por más cierto de Capitán de infantería de una de las Compañías del presidio de la ciudad». Pero quien tomó a pechos probar la capitania de Iñigo es el R. P. Ascunce S. J. Empieza por titular su obra *Iñigo de Loyola, Capitán español y el Castillo de Pamplona*; y para demostrar que ese título no es arbitrario ni caprichoso,

ni un brote de amor filial, se detiene en el texto a fundamentarlo. Redúcense sus argumentos a que sus hermanos alcanzaron grados en la milicia y que Iñigo no había de quedar rezagado en su carrera militar. Como Capitán lo consideraron siempre los Padres de la antigua Compañía de Jesús, y en abono alega una carta del P. Pedro Ignacio de Zabala, Rector del Colegio jesuítico de Pamplona, fechada en 1693, en que pide se conceda a San Ignacio el sueldo de Capitán reformado por su brillante comportamiento en el cerco de Pamplona de 1521 y una Orden del Virrey accediendo a la petición.

Todos estos argumentos apenas hacen fuerza. El P. Astrain interpreta a su modo un testimonio algo turbio del P. Polanco. Certifica este ilustre escritor que el Capitán Herrera, con otros tres que entre todos hacen cuatro salieron a parlamentar; luego todos cuatro, a juicio del mencionado P. Astrain, fueron capitanes. Interpretación que no parece justa. Quiere significar el P. Polanco que el Capitán Herrera con otros tres sujetos salieron a parlamento. Emplea una frase elíptica que a menudo usamos en la conversación; el rey con otros dos salió de palacio, es a saber, con otros dos palaciegos o caballeros, no con otros dos reyes. Las palabras del P. Alesón por lo generales y vagas vienen a ser anodinas e incoloras; no hay absurdo a que no puedan aplicarse. Opinamos, como el P. Ascunce, que el valor y las prendas de Iñigo le habrían hecho ascender a los primeros puestos de la milicia y superar a sus hermanos; mas el percance de Pamplona cortó en flor las esperanzas y no le dejó pasar los confines de gentil-hombre. El testimonio del P. Zabala por sumamente tardío, más de siglo y medio posterior al hecho, y por desprovisto de pruebas carece de peso. Además nada absolutamente dice de la capitania de Iñigo. Unicamente suplica el predicho Padre que a San Ignacio por su magnífico proceder se le señale la paga de Capitán reformado. Y en ese concepto se la otorga el Virrey.

Pensamos que en la primitiva Compañía no se dió tal título de Capitán a Iñigo, y a haberlo sido no se callaría por el honor que de ello le redundaría. Tuvo que venir el siglo de las supercherías y de los mitos y de las invenciones hagiográficas estrambó-

ticas para colgarle esa venera. En lo sustancial la vida de Iñigo resulta diáfana; paje del Contador Velázquez, gentilhombre en la casa del de Nájera, defensor del Castillo de Pamplona. ¿Dónde están los trabajos que debían ejecutar los Capitanes para reclutar gente, escoger oficiales subordinados, asegurar las pagas de los soldados? ¿Dónde el prestigio y autoridad ganados en batallas campales para conquistar las voluntades de los que se alistaban bajo su enseña?

Mas sería un despropósito e imprudencia el contarle entre los soldados mercenarios. Defendió, a fuer de noble y oficial del Virrey, voluntariamente y con fina y acendrada lealtad, la causa de su rey y señor; se mostró ejemplar de valentía y denuedo, estimuló a sus conmlitones a una resistencia intrépida y cautivó con su bravura y dotes personales a amigos y enemigos.

Caída de Iñigo

Los historiadores profanos nada afirman de la caída de Iñigo en la defensa del Castillo. Si nos atenemos a los antiguos, resulta un laberinto y un enredo inextricable lo acaecido en la toma de la ciudadela: aquél asegura lo que éste niega; unos vituperan el desmayo y cobardía de los defensores; otros ensalzan su denuedo y esfuerzo. Tampoco concuerdan en las horas de bombardeo y de resistencia de los sitiados. Los domésticos no coinciden, como hemos visto en los respetables PP. Nadal y Polanco, en el modo que tuvo Iñigo de entrar en la ciudadela. El Duque de Nájera en su Relación al Emperador advierte que en la fortaleza había «cantidad de abastecimientos y la gente necesaria, parte de la cual son criados de mi casa». «Entre estos servidores, dice el P. Pérez de Arregui, estaba Iñigo de Loyola resuelto a morir antes de entregar la fortaleza al enemigo». (*San Ignacio en Azpeitia*, pág. 84.) Cuándo y en qué forma penetraron en el castillo dichos criados y si con ellos, o antes o después, ingresó Iñigo, es para nosotros noche oscura.

Pero si en esto falta unanimidad, existe, escribe Pérez de Arregui «en hacer notar el valor y heroísmo del Santo en aquella oca-

sión». He aquí cómo resume el P. Astrain las narraciones de Cámara y de Polanco. «Rotas las relaciones (entre sitiados y sitiadores) volviéronse los españoles a la ciudadela. Ignacio, ya que no podía recibir la confesión sacramental antes de la batalla, tuvo la precaución de decir sus pecados a un su compañero de armas y éste hizo lo propio con Ignacio. Empezaron los franceses el ataque batiendo con su artillería los muros del castillo. Perseveraban firmes los españoles, animados por Ignacio, que se mantenía impávido entre los primeros. En lo más recio de la pelea una bala de cañon, pasando por entre las piernas de nuestro héroe, le rompió la derecha debajo de la rodilla y le hirió malamente la izquierda aunque sin quebrantarle los huesos. Caído Ignacio desalentáronse los defensores del castillo y no tardaron en rendirse al enemigo. Sucedió la herida del Santo el día segundo de Pentecostés, 20 de mayo de 1521».

Sin embargo, en lo postrero que se insinúa hay que reparar algo. Ya dejamos asentado que los antiguos están disconformes en el tiempo de la rendición del castillo. Los modernos sostienen que tras el bombardeo que derribó al atleta guipuzcoano resistió dos o tres días la guarnición. Según Boissonnade, «se intimó al Alcaide D. Francisco de Herrera que entregase el Castillo. Rehusó hacerlo, aunque las fortificaciones no estaban terminadas; parte de las murallas y las puertas quedaron destruidas o se derrumbaron. Después de dos o tres días de resistencia en el momento en que las Compañías francesas se disponían para el asalto pidió el Alcaide capitulación. Obtuvo para él y los suyos libre salida con armas e impedimenta sin que dejaran a los vencedores otra cosa que municiones de boca y guerra». (*Histoire de la Réunion de la Navarre à la Castilla*, París, 1893, pág. 419).

El Herido

De nuevo tenemos que revolver los historiadores domésticos en la relación de la herida de Iñigo: en los profanos de la época silencio profundo. El Venerable P. Nadal cuenta que «mientras los cañones baten furiosamente la batalla, una granada rompe

una pierna a Ignacio, quedando también la otra mal herida. Cayó Ignacio y cayó con él el ánimo de todos». No prosigue la narración; pero la continúa el P. Polanco que dicta estas palabras: «hallándose tendido en el suelo le llevaron (los franceses) a la ciudad porque era muy conocido de muchos y le dieron buen recado para curarle los enemigos mismos proveyendo de médicos y lo demás».

No es llano armonizar estas cláusulas con lo que refieren las historias profanas modernas. Después de la caída de Iñigo se resistió la guarnición dos o tres días. ¿Cómo había de estar todo ese tiempo tendido en el suelo, si estas palabras entrañan la significación que comúnmente se les suele dar? ¿No habría en el Castillo ni enfermería o lugar para los heridos, ni un mal cirujano que los atendiese? ¡Los franceses, ricos y opulentos en médicos y medicinas, los españoles harapientos mendigos! Hay también que hacer un pequeño esfuerzo para entender que los franceses supiesen desde luego, que aquel militar desjarretado poseía numerosos conocidos en la ciudad. Más natural y comprensible es el relato del P. Ribadeneira, por el que nos consta que los franceses le llevaron a sus reales, y conociendo quién era le proveyeron de médicos y medicinas y aliviado algún tanto le enviaron a su casa solariega.

Por la avenencia entre Herrera y Asparros quedó Iñigo enteramente libre y señor de sí mismo. Nunca, pues, fué prisionero, en sentido propio, de los franceses. Los halagos que éstos le prodigaron provenían del aprecio y estimación que hacían de su persona grande por su alcurnia y mayor por su valentía; mas en esto, a mi ver, se ha traspasado la raya de lo justo. Se presenta a Iñigo como un caballero a quien Asparros hace no sé qué ofertas, los franceses le buscan solícitos al asaltar la fortaleza, se apresuran a proveerle de cuanto necesita, los soldados franceses le conducen por montes y valles a su palacio nativo... Es la bola de nieve que va creciendo. La juventud de Iñigo se desenvuelve en un círculo reducido. En Nájera y Guipúzcoa se portó bien como soldado y diplomático y todavía mejor en la defensa de la fortaleza pamplonesa; pero nada trascendió a la historia profana, en cuyas páginas en vano se buscará su nombre.

Camino de Loyola

Contestes aparecen nuestros autores en asegurar que los franceses enviaron a Iñigo a su casa señorial y que lo llevaron a hombros en una litera; pero ignoran, o no dan a entender, a quiénes se encargó el conducirlo. Alguno ha escrito que «si hemos de atenernos al sentido obvio de las palabras del mismo Ignacio, fueron soldados franceses, no navarros ni guipuzcoanos, los que le condujeron a hombros a Loyola»; pero admite luego una suposición que parece desvirtuar y aun minar por su base su primera interpretación. El itinerario que siguió la triste caravana obedeció a evitar los pueblos dominados por los franceses. «Al soldado herido se le trajo seguramente por territorio no ocupado por el ejército francés». Pero si los portadores eran galos parece inaceptable que rehusaran o temieran pasar por lugares sujetos a sus compatriotas. Si se tiene además en cuenta que Asparros le hizo ofertas; que los franceses le buscaron al apoderarse del castillo y que le colmaron de caricias es, decir, que le trataban como a un paladín de la tabla redonda, no es creíble que abrigasen temor alguno de tan cariñosos amigos. Por el contrario, debían rehuir el pisar pueblos adictos a la corona imperial y en guerra con los invasores. Estos odiaban a sus enemigos por las tropelías cometidas en su conquista de Navarra y especialmente por su villanía con los defensores del castillo, a quienes arremetieron después de los pactos de paz; fácilmente intentarían vengarse en aquellos soldados que se introducían en sus recintos y saciar a mansalva su sed de venganza. Y si se pretende que el herido podía servirles de salvaguardia y escudo, dado que le conocieran, al volver sin ese talismán corrían riesgo sus vidas. Ni se puede pensar que el mando francés se aventurase a internar a seis u ocho soldados en regiones enemigas y en guerra, sin firme garantía de su resguardo.

Lugar en que cayó Iñigo de Loyola

El P. Alesón supone que Iñigo fué herido en el lugar donde hoy se alza en Pamplona la basílica de San Ignacio. Cuantos do-

cumentos existen sobre este suceso procuró recogerlos con exquisita diligencia el R. P. Ascunce en su libro *Iñigo de Loyola, Capitán español*, y a él nos atendremos. «El primer monumento que se levantó en Pamplona a la memoria de Ignacio de Loyola, en el mismo sitio en que cayó herido, data del año 1601, y fué debido a la iniciativa del Virrey D. Juan de Cardona... Fué un sencillo arco con una inscripción conmemorativa grabada en doce sillares... La inscripción citada... está pregonando la verdad histórica, y el sitio en que cayó herido S. Ignacio» (págs. 78-79).

En la segunda época del monumento aduce una carta de 1668, escrita desde Sevilla por el P. Juan de Ribadeneira, en que se afirma «que la Provincia del Perú ha deseado hacer un adoratorio o humilladero en el lugar donde nuestro P. San Ignacio fué herido». Los demás documentos que alega son posteriores a la carta, se refieren a esta fundación y repiten lo que la carta indica sobre el lugar.

Tales testimonios no pueden constituir una demostración irrefragable. En la inscripción de 1601 no se concreta el lugar donde cayó herido, sino que en ella se manifiesta que habiendo sido herido Ignacio en la defensa del castillo, se le dedica el arco en conmemoración del hecho. Los otros documentos: 1.º son tardíos de casi siglo y medio después. 2.º se reducen a meras afirmaciones sin que sepamos en qué se apoyan. La crítica histórica no puede aceptarlos como pruebas.

Otros apelan a la tradición. Escribe el P. Astrain: «Solo por respetable tradición consta que el sitio en que fué herido el Santo caía en el paraje donde ahora se levanta su capilla». (*Historia*, t. I, p. 20.) La tradición suele ser el *Deus ex machina* de todo negocio perambulante in tenebris en cuestiones históricas. Aquí no creemos que se dé verdadera tradición. Ocioso es acudir a los autores profanos de aquella época que ignoran a Iñigo de Loyola. Hay que suponer que algunos innominados conservaron el sitio preciso de la caída del héroe aunque no hicieron lo mismo con el de otros héroes que también los hubo en la defensa y se efectuó con un gentilhombre de un Duque lo que no se efectuó

en Noaín con el generalísimo Asparros: señalar el sitio donde le descalabraron.

Examinemos ahora lo que se deriva de la historia doméstica. San Francisco de Borja con el P. Ochôa visitó Pamplona en 1551, cuando debía estar fresca y lozana la tradición. En la relación bastante circunstanciada de aquella visita no se halla palabra tocante a ella; y el P. Borja, tan honrador de los lugares ignacianos, no va a postrarse de hinojos en el lugar, origen de la santidad de Ignacio y fuente del nacimiento de la Compañía de Jesús..

Llegaron luego los PP. Jesuitas, que echaron los cimientos del Colegio de la Compañía erigido en 1580. No se verá en sus cartas y relaciones un mísero recuerdo de un paraje tan embelesador para todo hijo de San Ignacio.

La obra *Monumenta Historica Ignatiana*, compuesta de varios tomos, constituye un rico arsenal y preciosa mina de noticias concernientes a la vida del Santo Patriarca. No se hallará en los documentos del siglo XVI la menor alusión a la pretendida tradición. Los Padres Cámara, Nadal, Polanco, Ribadeneira, rebuscadores infatigables de cuanto pertenece al vástago de Loyola trataron, sí, de la herida; mas omitieron lo que mira a esa tradición del pueblo pamplonés.

Llega por fin el año 1601, en que el Virrey Cardona ordena tejer una inscripción anunciadora del venturoso acaecimiento. Ahora se ofrece ocasión propicia de grabar en letras de oro el *aquí, aquí* cayó herido Iñigo de Loyola. Pues dando de mano a toda tradición y acallando sus gritos se limita a declarar que aquel monumento significaba la defensa de Ignacio en el Castillo y gloriosa herida que en ella recibió.

Amaneció el siglo trapacero, el de las consejas, cuentos y milagrerías con que se mancilló la hagiografía y nos comunica la noticia sin molestarse en demostrarla que la tradición del sitio de la caída es más luminosa que el sol de mediodía.

Lo que intentamos patentizar es que hasta ahora no se han presentado argumentos fehacientes del lugar de la caída de Iñigo de Loyola. Sería una aberración el tener por eso menos aprecio de la basílica. Esta revela el primer monumento recordatorio de

la herida de Iñigo de Loyola, fundamento de su conversión y de la creación de su Orden, primer templo consagrado en Pamplona al excelso Patriarca guipuzcoano y emblema y heraldo del denuedo y arrojo incomparable del gentilhombre del Duque de Nájera.

Hemos sacado a la luz del día las dificultades que promanan de los testimonios existentes sobre Iñigo de Loyola; no se vaya a creer que las escamoteamos y que damos como axiomas y principios inconcusos afirmaciones que apenas alcanzan la penumbra de la probabilidad. Obramos así, repetimos, a fin de estimular a los investigadores a que con el caudal de nuevos documentos que hallen, derramen raudales de luz sobre un hecho tan interesante para la historia navarra. Pero entiéndase bien y quede como grabado en bronce, que aunque se ciernan sombras en la intervención de Iñigo en el sitio de Pamplona, eso no disminuye un ápice la santidad portentosa, las grandiosas gestas e inmensos triunfos de San Ignacio de Loyola, uno de los más grandes hombres que han pasado por la tierra.
